

Biblioteca-Films

SEGUNDA JUVENTUD

Núm. 95

25
céntos.



Eleanor
BOARDMAN
Conrad KAGEL
Adolphe MENJOU

HENLEY, Hobart

Año II

Núm. 95

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Segunda juventud

CSINNERS IN SILK, 1924)

Sorprendente novela de amor, triunfante
del falso amor

Exclusiva: **METRO GOLDWYN CORPORATION**

Rambla de Cataluña, 122 — Barcelona
Barquillo, 22 — Madrid

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Penélope Stevens	Eleanor Boardman
Arturo Marrill	Adolphe Menjou
Bernardo Farley	Conrad Nagel
Doctor Eustace	Jean Hersolt
Jerónimo Rall.	Jerone Patrick
Parker	Edward Connellis

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

FOT. DE JOHN ARNOLD



La inmensidad del Océano, la sublime soledad de los mares surcada por un gigante: es el «Majestic», que hace cuarenta y ocho horas salió de Souphanthou y se dirige a Nueva York.

A su bordo, la aristocrática y alegre juventud entretiene las largas horas de navegación en juegos y diversiones que ofrece el palacio flotante. En una de las espléndidas piscinas instaladas en el «Majestic», los jóvenes de ambos sexos hacen mil diabluras, mostrando sus habilidades de nadadores expertos.

Una de las jóvenes más traviesas y bonitas es Penélope Stevens, pues lo único que no ha hecho, desde que se ha embarcado, es usurpar las funciones del capitán; por lo demás, ha imperado en todo con la despótica autoridad que le dan su gracia y su juventud.

Esta hermosa y traviesa criatura tiene un corte de admiradores, entre quienes descuella Jerónimo Rall, el cual es como el bufón de aquella corte de moscardones que no dejan a Penélope más que cuando se encierra en su cámara durante la noche.

La inquieta y bella chiquilla de diez y nueve años está en el salón, ante su madre.

—Penélope, debes poner un poco más de juicio en tus diversiones y en tu manera de tratar a tus compañeros de viaje.

—Pero, mamá, ¿acaso hago yo algún mal siendo alegre?... ¿Tengo yo la culpa de que mi cuerpo me exija alegría, diversión?

—Tu modo de proceder, hija mía, puede dar margen a que formen de ti un concepto equivocado. Yo sé que tú eres buena; pero no basta serlo. Hay que parecerlo.

—Bueno, mamá, déjate de sermones y déjame ir a la piscina.... Ya verás, hoy voy a darte un espectáculo gratis a los turistas.

Penélope dió un beso a su madre y echó a correr hacia el segundo puente, donde estaba instalada la piscina.

Penetró en su caseta y, a poco, salió vestida con su mallot de baño. Se percató de los que se bañaban, entre quienes distinguió a Jerónimo Rall. Entonces se zambulló en la piscina y fué, nadando bajo el agua, hasta donde aquél nadaba tranquilo. Mas de pronto el joven notó que le agarraban por una pierna y empezó a dar voces, causando la hilaridad de cuantos le contemplaban. La broma le valió un buen trago a Jerónimo Rall, que quiso vengarse de la broma pesada de Penélope, persiguiéndola bajo el agua.

Dejemos gozar a la juventud revoltosa y vayamos a trabar conocimiento con otros de los viajeros.

En el puente de primera especial, sentados en cómodas sillas de tijera, hay tres viajeros que nos interesa conocer.

El del centro es un caballero que pasa de los cincuenta años, pero cuyo rostro arrugado y cuerpo decrepito, aparenta tener más de sesenta. Llámase Arturo Marrill y es conocido en el

mundo del dinero como una de las fortunas más sólidas de los Estados Unidos.

Después de pasear, durante treinta años, por los alegres bulevares de las grandes capitales europeas. Arturo Marrill, mejor dicho, la sombra de lo que fué el galante Arturo Marrill, regresa a su patria, a los Estados Unidos, donde piensa morir para ser enterrado al lado de sus mayores.

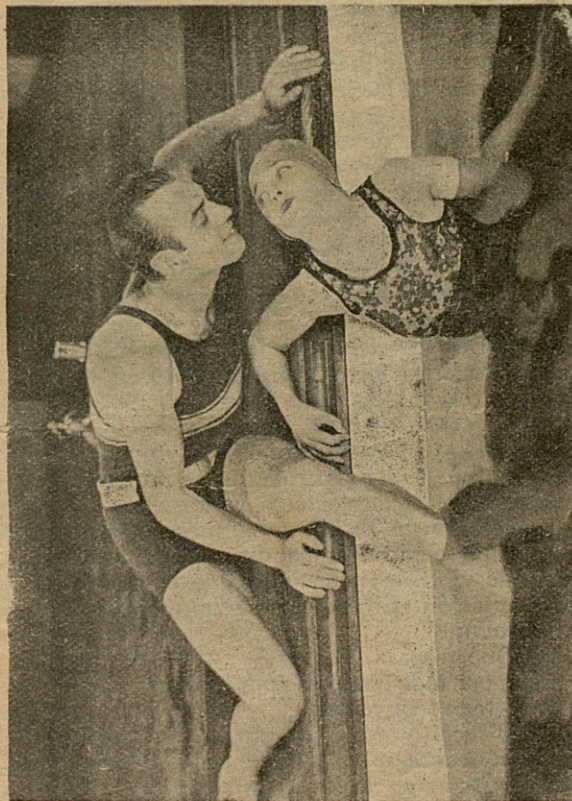
A la derecha de Arturo Marrill está sentado un caballero joven, elegante, de buena presencia y rostro atrayente y simpático. Es el doctor Eustace, médico del rico americano que se ha propuesto poner en tratamiento a su cliente con el fin de que su cuerpo recobre el vigor y lozanía.

Siéntase a la izquierda del millonario, y algo separado de él, su fiel criado Parker, un hombre alto, espigado, enjuto de carnes, completamente afeitado; espiritual y religioso hasta la exageración, forma contraste con el doctor Eustace, de quien es la antítesis: éste, el materialismo; Parker, la espiritualidad.

De una moralidad y severidad extremadas, el criado ve con malos ojos y hasta con repugnante repulsión, la conducta del doctor con su amo, a quien aconseja en connivencia con sus creencias materialistas.

Oigamos la conversación de estos tres personajes:

Marrill.—Usted, doctor, promete devolverme la casi perdida vitalidad, hacer que mi cuerpo vuelva a ser tan vigoroso como el de un joven; pero ¿no seguiré sintiéndome viejo? ¿Me traerá también ese cambio el amor, tal como yo le



—¿Quién es, doctor, aquella linda diablesa que parece solicitar un beso?... (pág. 8).

deseo, el amor que nos busca y persigue a los treinta años, no el que, cuando declinamos, pretendemos sujetar con cadenas de oro?

El doctor.—En la época en que vivimos, con los adelantos de la ciencia, ésta puede devolverle a usted la juventud, la lozanía, el vigor, y esa juventud le devolverá el amor.

El criado Parker, al oír las últimas palabras del doctor, le dirige una mirada que parece un reproche y meneá la cabeza, en ademán de disconformidad; pues si bien durante el diálogo parece estar enfrascado en la lectura de un librito de muy reducidas dimensiones, ha seguido la conversación, la que parece no ser de su agrado. Después de aquel mudo reproche, vuelve a su mística lectura en el librito en cuyas tapas de tela inglesa están impresas, con áureas letras: *Kempis — De la Imitación de Cristo*.

Marrill.—¡Juventud, vitalidad, vigor!... Sí, todo eso puede ser; pero que las mujeres me quieran como cuando tenía veinte años...

Parker dió un respingo en su asiento como si le hubiese picado una musaraña, e hizo un gesto de violenta negación como si rechazara una tentación. El doctor se echó a reír y Marrill preguntó:

—¿Qué te pasa, Parker?

Este, por toda contestación, leyó con voz caúsina y tono conventual:

¡Oh, locos y duros de corazón los que tan profundamente se envuelven en la tierra, que nada gustan sino de las cosas carnales!... Mas, al fin, sentirán gravemente cual vil y nada era lo que amaron.

Marrill y Eustace interrumpieron al lector

con una escéptica carcajada y, sin darle tiempo a que reanudara la mística lectura, prosiguieron la conversación:

—Señor Marrill, yo respondo del éxito; las mujeres le amarán como a los veinte años: la ciencia hará ese milagro.

—¿Me amarán o amarán mi dinero?

—Acudirán a pedir los favores al hombre, no al millonario... Mi sistema de rejuvenecer harán de Arturo Marrill un gentleman de veinte años.

—Si no tienen ustedes a mal que yo meta mi cuchara en la conversación—manifestó Parker—, diré a mi amo que eso que quiere hacer de gastarse sus millones en rejuvenecerse es tentar a Dios. El ha señalado un límite a cada vida...

—No tratamos, Parker—contestó el doctor, riendo—, de alagar esa vida cuyo límite está ya fijado, sino hacer que su amo pueda gozar de ella.

—Más le valiera disponer la que Dios le otorga para prepararse una eternidad feliz.

—Amigo Parker—le dijo su amo en tono festivo—, más que en calidad de criado, como misionero no tendrías precio.

Parker, apretando su librito sobre el pecho, miró al cielo en actitud beatífica, murmurando una plegaria para que Dios iluminase a su amo y le apartara de la mala compañía del doctor.

Este se levantó y, cogiendo a Marrill por el brazo, díjole:

—Vamos a la sala de natación, donde la juventud revoltosa se entrega al amor.

Levantóse Arturo Marrill y, acompañado por

el doctor, fueron ambos a sentarse cerca de una balaustrada desde donde se contemplaba el espectáculo que ofrecía aquella juventud de bañistas entretenidos en tentar a Cupido que no necesitaba disparar una sola flecha para suscitar el amor carnal.

—¿Quién es, doctor, aquella linda diablesa que parece solicitar un beso del joven sentado en el borde de la piscina?—inquirió Marrill.

—Ella se llama Penélope Stevens, la chiquilla más hermosa y traviesa de cuantas viajan en el «Majestic».

—¿Viaja sola?

—Con su madre. Regresan a su patria después de haber pasado una temporada en Europa.

—Parece muy coqueta.

—Es una mariposa del amor que juega con los corazones de los que la rodean: muchos la desean; pero ninguno la pesca.

—¿Es bonita!... ¿Quién pudiera...!

—¿Es traviesa y es esquiva!

II

La ciencia ha hecho el milagro: Arturo Marrill, el decrepito calavera, parece haber renacido de sus cenizas, como el fénix, y convirtiéndose en un joven apuesto y lozano: la ciencia parece haberle quitado de encima veinticinco años.

Esta segunda juventud de Arturo Marrill, es fiebre en la que hay algo de satánico.

En su casa-quinta—levantada, por un alarde de orgullo y de poderío, en la azotea de uno de los rascacielos neoyorquinos—da fiestas continuas que no tardan en hacerse de moda, por su originalidad y por la pléyade de mujeres bonitas que las adornan y les dan un encanto especial de suma atracción.

Esta vida de placer es apreciada de muy distinta manera por los que rodean al millonario, pues mientras que unos le aplauden, como el doctor Eustace, otros se asombran y algunos, como su criado Parker, se escandalizan.

¡Una quinta de placer a más de noventa metros de altura!... ¡Un paraíso artificial en lo más elevado de un altísimo rascacielos!... Allí, todas las noches se dan fiestas paganas a las que asisten los seres privilegiados de una sociedad que vegeta en el lujo y la molicie; allí, se reúnen los archimillonarios y los aristócratas que brillan en el mundo de la banca, del comercio, de la industria y de las bellas artes; allí, las mujeres más hermosas de la gran urbe y las mariposas de más dudosa reputación; allí, escoge Arturo Marrill las hembras que le sirven de diversión y de placer; allí destruye el gran sibarita su segunda y artificial juventud.

Asistamos a una de aquellas fiestas. Llegamos al gran bulevar de la luz, del placer; barrio cuyos habitantes y concurrentes hacen de la noche, día; barrio donde está situado el Broadway. Un inmenso cuadrilátero, la plaza mayor del mundo, está magníficamente iluminada con profusión de grandes globos eléctricos, cuya potencialidad lumínica se acrece con el sinnúmero de anuncios luminosos que coronan los

frontis de las altísimas fachadas. Un hormigueo de gentes de todas clases y condiciones, y gran número de vehículos, dificultan la circulación. En la parte sur de la plaza destácase, entre todos los edificios, uno altísimo: es el Palacio Hamilton, de Arturo Marrill. Frente a este edificio y ante una de sus mayores puertas, hállanse parados gran número de automóviles, cuyos propietarios han penetrado en el gran portalón que da acceso a un inmenso zaguán donde veinte ascensores funcionan sin solución de continuidad. Penetremos en el ascensor número 4, en compañía de varios caballeros elegantísimos y damas con preciosos trajes de soirée. ¡Un viaje ascendente de veinte minutos! ¡Veinte pisos!

Salimos del ascensor y nuestros ojos se maravillan. En medio de un verdadero jardín de palmeras y madreselvas, penetramos en la quinta de placer de Arturo Marrill. Salones esplendentes de riqueza y arte; música halagadora de los sentidos; perfumes orientales esparcidos por todos los ámbitos con perfumadores y pebeteros; mujeres luciendo preciosos *deshabillés*; danzas arrulladoras; y en salones inmediatos, paraísos artificiales de fumadores de opio... ¡El placer llevado al satanismo!... ¡La carne deificada por los más bajos y denigrantes instintos!... ¡La egolatría más absurda y diabólica!

El gran salón central rebosa de bailadores que se apretujan al compás de un tango argentino, mientras en las salas inmediatas las parejas, mareadas por la danza, se separan a gozar del placer de una caricia o de un beso que re-

suene entre el estallido de las botellas de espumoso Pommery.

Arturo Marrill, desde uno de los extremos del gran salón, contempla, con sonrisa mefistofé-



—Es mi perfume favorito (pág. 13).

lica de satisfacción, aquel movimiento, aquellas danzas, aquellos apretones, aquellos besos, aquel infierno de concupiscencia, como el autor contempla su obra. No de otro modo debía reir

el genio del mal a la vista de aquel naufragio de almas.

Y mientras Arturo Marrill contempla su obra de destrucción e inmoralidad, llega su médico, el doctor Eustace.

—¿Qué?... ¿Se goza de la juventud?

—¡Pse!—y Marrill se encogió de hombros—. Sí, es la vida tal como la entendemos en la actualidad; el refinamiento del placer; pero no hallo nada ni muy nuevo ni siquiera interesante en todo esto. Le falta espontaneidad, impulso vital. Si he de serle franco, deseaba ver algo diferente. Estas gentes que frecuentan mi quinta no dejan de ser pecadores de frac, pecadoras en traje de gala. Y vienen aquí, ellas sobre todo, porque las atrae mi fama de hombre rico y obsequioso, no porque yo las interese ni poco ni mucho.

—Pero que sea por lo que sea, usted, Marrill, goza de su amor, sea por el atractivo de su dinero, sea por el influjo de su juventud.

—No es lo mismo. Mis años nadie me los puede quitar... Dígame, doctor Eustace, ¿cómo se llama la joven aquella que vimos a bordo?

—¿La de la piscina?

—Sí, sí, aquella tan besucona.

—Penélope Stevens.

—Sí, esa. Me gustaría avistarme con ella, mejor dicho, amistarle con ella.

—Yo haré lo posible para que usted reciba una invitación a una de sus fiestas.

—Espero que cumplirá usted su palabra.

—Déjelo para mí... ¿Quién es esa que llega ahora?

—Otra pecadora.

—¡Cómo le mira a usted!... Me voy para dejarle el campo libre.

Una bellísima muchacha, con ojos de pecado, acababa de penetrar en la sala envuelta en una preciosa capa de pieles. Miró sonriente a Marrill, y al ver que el doctor se separaba del millonario, se acercó a él.

—Buenas noches, Arturo.

—¿Sola, marquesa?

—¿Querías que viniese en compañía, malo? No quiero otra compañía que la tuya.

Y al decir esto, la damisela abrió su capa y apareció con un vestido de soirée tan corto y escotado como una camisita imperio. Sacó su pañolito perfumado, que dejó caer en el suelo. Arturo Marrill se agachó complaciente, lo cogió y lo olió.

—Es mi perfume favorito.

—Lo celebro... ¿Vamos a bailar?

—¡Vamos, pecadora!

III

El círculo en el que Penélope Steven elige sus amistades es el de esa juventud modernista para la que el respeto a los mayores es una antigüalla; la norma del bien y del mal, sus propios impulsos; la vida, vértigo por el que cruzan los humanos al son de estrambótica música sincopada.

Este círculo de amistades asiste casi cada no-

che a las fiestas profanas que da la inquieta chiquilla en su hotel de Shorelawn.

Asistamos a una de estas reuniones.

En uno de los salones, un jazz-band hace oír un shimmy de moda, y a su compás, la juventud baila despreocupada. Y como abundan más los bailadores que las bailadoras, aquéllos se disputan a las hembras, a quienes durante el mismo baile se las obliga a cambiar de pareja varias veces. Para ello basta que uno de los caballeros dé un golpecito en el hombro del bailar para que éste se vea obligado a ceder el puesto al recién llegado.

En un saloncito reservado a las mamás y a las personas sesudas, un melenudo poeta recita con entonación melosa y lánguido acento esta composición:

Vives en mí como la luz del día
en la esplendente bóveda del cielo;
mientras contra tu amor más me rebelo
más clara estás en la conciencia mía.
Te esquivo el alma y la ilusión te ansía;
húyete el corazón y eres su anhelo;
busco para mi ardor lecho de hielo
y ardes en mis sentidos todavía.

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!

En aquel momento presentóse en la casa un nuevo personaje.

La madre de Penélope salió a su encuentro.

—¿Qué tal, querido sobrino?... ¡Qué alegría me proporciona tu visita!

—Pues hace ya dos días que estoy en Nueva York; pero por ocupaciones perentorias me ha sido imposible venirles a ver.

—¿Y qué tal en Ohio?... ¿Todos están bien?

—Todos buenos, gracias... He venido sobre todo para conocer a mi prima Penélope.

—Precisamente aquí viene.

En efecto, al ver a un joven desconocido, hablando con su madre, se adelantó.

—Penélope—presentó la madre—, tu primo Bernardo Farley... Esta es Penélope.

—¡Caramba!—exclamó la joven con desparpajo—. Tengo un primo muy guapote.

—Muchas gracias, prima. No quiero devolverte el piropo, porque fuera eso muy poco original... Además, como te habrás mirado al espejo, ya habrás apreciado que estás monísima.

—¿Vienes para quedarte en Nueva York?

—Para trabajar vengo, es decir, para buscar una colocación.

—¡Ah!... Entonces—manifestó Penélope—, vendrás a nuestras reuniones.

—Tu prima—dijo la tía de Farley—organiza aquí unas reuniones familiares que son muy concurridas.

—Sí, hijo, sí. De este mundo sólo has de sacar lo que te diviertas.

—No opino lo mismo, Penélope.

—Anda, ven, que te voy a presentar a mis amigas. Las hay que te han de gustar.

Y al decir esto la joven tomó por el brazo a su primo y lo presentó a varias de las jóvenes que asistían a la reunión.

—¡Mi primo Bernardo Farley, un muchacho de Ohio!

—Tendremos que modernizarlo—manifestó una rubia.

—Vamos a tomar algo—manifestó otra.

Llegados al salón donde se tenía preparado el refresco, Penélope le invitó:

—¿Qué prefieres, champán?

—No, nada.

—¿Prefiere usted una taza de tila?—ofreció otra.

—No, muchas gracias.

—¿Qué es lo que bebes en Ohío, agua nada más?

—Nada más que agua.

—Vamos a sentarnos—ofreció Penélope—, que me interesa que me cuentes algo de tu vida en Ohío.

Ambos fueron a un extremo de la sala: él se sentó en una mecedora, y ella, a su lado, se tumbó cómodamente en un sofá, apoyando su cabeza sobre unos almohadones de pluma.

—¿Quieres fumar?—preguntó Penélope alargándole un cigarrillo egipcio.

—No, primita; no tengo ganas.

—¡Ay, ay, ay!... Tendré que modernizarte, chico.

Ella encendió un cigarrillo y prosiguió:

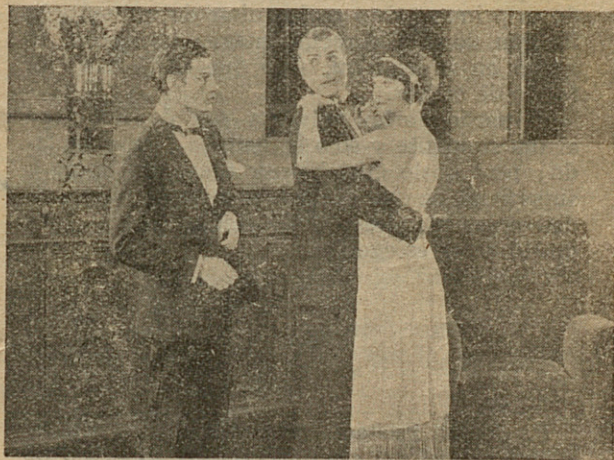
—Escucha, Bernardo, me parece que en Ohío debes aburrirte mucho...

—Yo siempre he llevado una vida muy seria, Penélope. No vivo más que por mi madre que, como sabes, es viuda y no tiene otro amor que el de su hijo...

—A tu edad, Bernardo, debes vivir más en el mundo.

En vez de contestar, Farley tomó en sus manos una revista y se entretuvo hojeándola. Penélope Stevens parecía aburrirse al lado de

aquel muchacho tan simpático—porque debemos decir que Bernardo Farley era un joven de veintidós años, esbelto, sumamente atractivo y de muy bella presencia—y manifestaba su abu-



...para que éste se vea obligado a ceder el puesto al recién llegado (pág. 14).

rimiento cambiando de posición y arrojando bocanadas de humo al rostro de su primo. Al ver que éste le prestaba poca atención, se incorporó y le dijo con determinación:

—Vaya, Bernardo... Estás muy poco amable con tu prima... Ven, ven a bailar este two-step. Ambos bailaron; y el desenfado de su pri-

ma y su belleza, acabaron por hacer entrar en el corazón de Bernardo Farley una simpatía que pronto iba a convertirse en pasión avasalladora.

Aquella noche, cuando el joven salió de casa de su prima, ya no pudo quitar de su mente la imagen de ella. Aquella imagen no sólo se le grabó en su espíritu, sino que llegó hasta el fondo de su ser.

Bernardo Farley volvió a casa de Penélope al día siguiente y sólo se hallaba bien a su lado; pero no le gustaba que fuese tan ligera y superficial ni que tratase con tanta familiaridad a los hombres que la frecuentaban. Y es que el amor es egoísta.

IV

El doctor Eustace, que conoce a su cliente y está resuelto a complacerle en su deseo de trabar amistad con Penélope Stevens, dióse trazas para que ambos fueran a casa de dicha joven.

Un día determinado, el doctor y su paciente, Arturo Marrill, fueron en el auto de éste a casa de la hermosa joven, de quien el millonario se había enamorado a bordo del «Majestic», a causa de sus locuras. Hiciéronse acompañar, para los efectos del contraste, por una de las más lindas artistas del Broadway, una rubita

Cuando el auto llegó a la puerta del hotel que actuaba de mariposa en aquel music-hall.

habitado por Penélope, ésta despedía en la puerta a su primo. Cuando Bernardo Farley se hubo ido, la joven reconoció al doctor y se adelantó hasta el coche.

—¿Cómo está, amigo doctor?—interrogó Penélope.

—Muy bien, amiguita. Le presento mi amigo, Arturo Marrill.

—Tanto gusto...

—El señor Marrill—prosiguió el doctor Eustace—desea contribuir al sostenimiento del Hospital de niños que usted patrocina.

Arturo Marrill sacó de su cartera un fajo de billetes y se los entregó a Penélope, mirándola de un modo muy significativo, y dijo al mismo tiempo señalando a la linda muchacha sentada a su lado en el coche:

—La señorita desea también contribuir con su óbolo; pero como es tan tímida, no se atrevía a ofrecérselo ella.

La artista miró fijamente a Marrill con cierto aire de reproche; mas éste le dijo:

—Anda, entrega a esta señorita esa sortija que quería regalarle para buenas obras.

La mariposa no tuvo más remedio que quitarse de su dedo una preciosa sortija de platino en la que estaba engarzado un valioso brillante, y se la entregó a la Stevens, quien agradeció el obsequio.

—Muchas gracias, señor Marrill. Mis pobres se lo agradecerán.

Cuando Penélope Stevens hubo entrado en su hotel, la artista del Broadway miró con ojos de rencor a su compañero y dándole un codazo, le regañó:

—¡Me gusta la salida!... ¿Qué ocurrencia es esa de dar limosna con mis joyas?

—¡Qué tonta eres, Margot!... ¿No ves que esto es un truco? Guillermo—mandó Marrill a su chófer—, llévanos a la joyería de Tiffany, compraremos a ésta dos sortijas como la entregada.

—¡Qué bueno eres!—mimoseó la mundana. El auto partió a toda velocidad.

V

Arturo Marrill no es el único a quien Penélope Stevens ha hecho perder el sosiego; Bernardo Farley, el joven provinciano de Ohio, está convirtiéndose en asiduo visitante de la gentil y traviesa chiquilla.

Bernardo acaba de llegar a Shorelawn y se ha entrevistado con su prima.

—Dame un cigarillo, Bernardo.

—Toma.

—Hijo, ¡qué displicente estás!... Ya sé que ni mi modo de ser, ni las personas con quienes me trato son de tu agrado, ¿no es cierto?

—Mira, Penélope, todo lo que puedo decirte es que tú me pareces adorable; pero—y no te ofendas por mi franqueza, prima—, no encuentro bien esa afición tuya a jugar con fuego.

—¿Hago mal a nadie?

—Creo que si te encontraras una bomba de dinamita serías muy capaz de encender la mecha para ver qué resultaba.

—Con tal de poder evitar las consecuencias de la explosión, no dejaría de ser interesante. Bueno, te invito al baile del próximo jueves y te prometo ser tu pareja.

—Si sólo has de bailar conmigo, acepto; pero si no... no.

—Pues yo debo complacer a mis admiradores.

—Allá tú. A mí no me gusta verte en brazos de ningún otro hombre.

—No seas niño. Yo quiero que asistas y asistás.

.....
Momentos después, Penélope mandaba las invitaciones para el proyectado baile. No olvidó de remitir una al hombre que desde el automóvil la había mirado con ojos de fuego, a Arturo Marrill, cuya dirección supo por el doctor Eustace.

El millonario asistió a aquella reunión sólo por el placer de poder hablar con aquella joven singularísima cuyas travesuras le habían trastornado.

Cuando Marrill se presentó en casa de Penélope y pudo hablar con ella, quedó aún más prendado de sus gracias.

Y después de la noche del baile, Penélope Stevens y Arturo Marrill volvieron a verse con frecuencia; y se sintieron, él más fascinado cada vez por ella; la joven más atraída cada vez por la personalidad enigmática de Marrill.

Así se lo manifestaba ella en cierta ocasión que pudo hablar con el millonario rejuvenecido:

—Creo que la razón por la cual prefiero su compañía a la de los demás es porque usted es

muy distinto de la generalidad: nunca me enamora, ni trata de aconsejarme, ni me fastidia hablándome de sí mismo.

Bernardo Farley comprendía que su prima tenía cierta predilección por el personaje que con tanta frecuencia la visitaba, y en su corazón nació un odio terrible contra aquel hombre.

Ambos primos conversan en casa de Penélope.

—Francamente, Bernardo, te haces insopor-
table con tus exigencias... ¡No querer que yo
hable, ni baile, ni ría con ningún hombre!...
¿Pero te has creído que aquí vivimos en Ohio?

—Te repito, Penélope, que estás jugando
con fuego, y el día menos pensado te vas a
abrasar.

—Déjate de sosesos y no te hagas insufrible.

—Eres la mujer más coqueta, más falta de
corazón y más...—para que veas que no me
duelen prendas te lo diré—y más simpática de
la tierra.

—¡Ja... ja... ja!...

Llamaron al teléfono, situado en el mismo
salón donde hablaban los jóvenes. Penélope to-
mó el auricular. Oigamos este diálogo, del que
Farley no pudo oír más que la mitad:

—¡Ah!... ¿Es usted?

—Sí, soy yo, Marrill... ¿Recibió usted mi ob-
sequio, Penélope?

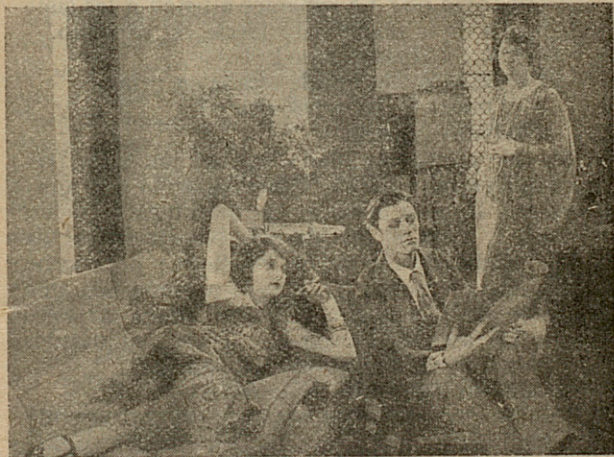
—No debió usted tomarse la libertad de man-
darme esas flores. Sin embargo, se las agra-
dezcó porque son muy bonitas.

—Yo soy un poco... liberal en mi modo de
ser, algo brusco; pero sé hacerme simpático.

—Usted lo es mucho y me interesa...

—Gracias.

—No es como casi todos los hombres que se
parecen a esos libros sin gracia ni sustancia,
de los que ni siquiera se acuerda uno al poco
tiempo de haberlos leído.



*En vez de contestar, Farley tomó en sus manos una
revista (pág. 16).*

Bernardo Farley se mordió los labios

—¡Ah, vamos! ¿A usted le gustan los li-
bros serios, filosóficos tal vez?

—No, no; me gustan los libros que tengan
su poquito de veneno, que lleguen a emborra-
char sin que maten; y esa es la clase de libro
que es usted.

—¿Y si yo fuese uno de esos libros prohibidos que no deben leer las jóvenes?

—Oígame... ¿No podría yo leer siquiera un capítulo, el relativo a cierta casa-quinta que hay en la azotea de un rascacielos de Nueva York?

—¿Cómo no? La esperaré a usted a las siete y media de la noche para leerle ese capítulo.

—Iré... ¡Hasta luego!

Volvió la joven donde estaba su primo.

—¿Quién te ha telefoneado?

—Arturo Marrill.

—No me parece bien que veas con tanta frecuencia a ese hombre. Estás haciendo que murmuren de ti, y además, no me gusta el modo como te mira el tal Marrill. No quiero seguir padeciendo de ese modo, Penélope; por eso he resuelto no volver a tu casa a menos de que tú me des la seguridad de quererme a mí solo.

—No seas así, Bernardo; debes comprender que la sociedad tiene sus exigencias...

—Ya lo he dicho; te amo y...

—Bueno, para que veas que te correspondo y también te quiero mucho, esta noche no saldré y me quedaré haciéndote compañía.

Y al decir esto, Penélope se acercó al teléfono y comunicó con Marrill.

—¿Marrill?... Oígame, esta noche no podré ir, según le tenía prometido. ¿Que lo siente? No lo creo. Que va a echarme usted de menos! Entre tantas... hermosuras usted no tendrá más dificultad que la de selección... Otro día será... ¡Adiós!

—¿Estás contento ahora, Bernardo?

—Tú haz como gustes... O Marrill o yo, elige.

—Estás imposible, Bernardo. Yo no admito imposiciones de nadie... ¿Con qué derecho me hablas así?... Haré lo que me parezca... ¡Vaya, se acabó!

Penélope volvió al teléfono:

—¿El señor Marrill?... Oígame, he cambiado de parecer; iré esta noche, si la invitación que me hizo usted sigue siendo válida. ¿Sí?... Pues... ¡hasta esta noche!... Sí, a las siete... Hasta entonces.

Bernardo tomó su sombrero y marchó malhumorado.

VI

Bernardo Farley no había encontrado ninguna colocación y así se lo había comunicado a su madre.

Aquella tarde, cuando llegó, después del rompimiento con su prima, al hotel donde se hospedaba, encontró carta de su madre. Le decía:

Querido hijo: Deseo que seas hombre de provecho y que empieces a trabajar pronto. Para facilitarte el que logres tu propósito, te incluyo esta carta para un caballero de excelente posición que fué muy amigo de tu padre. Vete a verle y entrégale esta carta.

Te abraza tu madre,

MARY.

La carta cerrada y lacrada que su madre le remitía iba dirigida a ¡Arturo Marrill!

Bernardo se quedó como quien ve visiones. «No importa—pensó—, iré».

Según lo convenido, Penélope Stevens se presentó en la quinta de Marrill a la hora indicada. Este había hecho preparar, en un saloncito reservado, una mesa en la que se proponía ofrecer a su invitada un banquete en toda regla.

Marrill había dado órdenes para que les dejaran solos.

Cuando Penélope penetró en casa del millonario, fué introducida por éste al citado saloncito y quedó extrañadísima al verse sola.

—Desde luego, señor Marrill, no puedo quedarme aquí.

—¿Le da miedo hallarse sola... en mi compañía?

—No, no es eso; sino que, al venir aquí, lo hice creyendo que encontraría una multitud animada, original, llena de interés.

—Eso, Penélope, para mí no sólo carecería de interés, sino que resultaría bastante aburrido.

—Quiero marchar.

—Se equivoca usted. Esta es, precisamente, la escena de mayor intensidad dramática: cuando el galán traidor tiende un lazo a su heroína.

—Déjeme salir.

—El traidor cierra la puerta.—Y Marrill cerró las dos puertas con llave y se la metió en el bolsillo, diciendo:—Y se guarda la llave en el bolsillo.—Y como viera que Penélope fijaba su vista en un trinchante, prosiguió cínica-



—No, mamá; Bernardo no me amará, no puede amarme (pág. 31).

mente:—Y ahora la heroína busca un arma con que defenderse.

—¡Miserable!

—Coqueteó usted, una y mil veces, conmigo; hizo todo lo posible por enloquecerme, y yo no quiero servir de juguete a ninguna mujer en esa forma. Créa amarla a usted, tal vez la haya amado realmente; pero yo veo que sus palabras eran sólo engaño, falsía sus sonrisas. La próxima vez que se sienta usted inclinada a valerse de sus hechizos para cautivar el corazón de un hombre por el solo placer de sentir que es capaz de hacerlo, espero que se acordará de esta visita.

Al oír estas palabras, Penélope temblaba amedrentada. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, buscaban una defensa o un medio de huida... Pero todo era inútil: Marrill, abrasándose en concupiscencia, se avalanzó hacia ella, la abrazó por la fuerza y quiso besarla; ella forcejó para desasirse y se defendió con desesperación. Mientras luchaban, ella asió un afilado cuchillo de sobre la mesa e iba a hundírselo en el pecho a Marrill; mas él con tranquilidad pasmosa la dejó y, presentando su pecho,

—¡Hierre!—le dice.

El cuchillo cayó de manos de la joven.

Se oyó con insistencia el timbre de llamada, y como Arturo Marrill había dado orden a sus domésticos de no abrir a nadie, fué él mismo a abrir la puerta y Penélope aprovechó para salir hasta el vestíbulo.

—¿Qué desea usted, joven?—preguntó Marrill cuando hubo abierto la puerta.

—Señor Marrill, traigo una carta de recomendación de mi madre para usted.

Al entrar el recién llegado al vestíbulo y ver a su prima con las ropas y los cabellos en desorden y con la faz llorosa, un infierno de dudas se promovió en su espíritu. Ella avanzó hacia Farley con los brazos abiertos; mas el joven rugió:

—¡Vete, mala mujer!

Ella salió, mientras a Arturo Marrill—embebido en la lectura de la carta que le había presentado Farley, sin notar la cólera de éste—, se le trasmutaba el color del semblante desde el rojo cereza al pálido paja. Leamos con él la carta que tanta impresión le ha causado:

Arturo: El joven que te entregará esta carta se llama Bernardo y... ¡es hijo tuyo! Nació después de nuestro divorcio. Si has cambiado de ideas y de género de vida y te sientes digno de ser su padre, revélale quien eres.

MARY FARLEY

Terminó Marrill de leer esta carta y miró a su hijo con amorosa complacencia; mas los ojos de él centelleaban de odio. Para Farley, aquel hombre había sepultado sus floridas ilusiones y le odiaba.

Arturo Marrill sintió renacer en su alma todo el afecto paterno y se adelantó con los brazos abiertos mientras sus labios iban a pronunciar la dulcísima palabra: ¡hijo mío!; pero no pudo pronunciarla, porque Bernardo al tener cerca a Marrill, levantó su mano y le dió un tremendo bofetón, al propio tiempo que decía:

—¡ Por canalla !

Marrill bajó la cabeza y dos lágrimas de arrepentimiento surcaron sus mejillas. Su propio hijo acababa de darle el castigo de su vida de depravación.

—Me va usted a decir la verdad—preguntó Bernardo con imperio—. ¿Qué hay entre ustedes dos?

—Le falta usted el respeto a la señorita Stevens; yo también la tenía en un concepto equivocado; pero ella misma se encargó de desengañarme.

—¿Qué pruebas hay de que esto sea cierto?

—Voy a pedirle a la señorita Stevens que me haga el honor de casarse conmigo.

—¡ No será, estando yo vivo !

Bernardo miró con desprecio a Arturo Marrill, y le dijo por toda despedida:

—¡ Cobarde !—y salió.

Marrill llevóse las manos al pecho como si se ahogara, abrió la boca, entornó los ojos y cayó rígido al suelo... ¡ Estaba muerto !

La excitación nerviosa de que se hallaba poseído al recibir la visita de Bernardo y la brusca revelación de que éste era su hijo, determinaron la muerte de Marrill.

Bernardo tuvo noticia de la muerte de su padre y, recordando lo que éste le había manifestado respecto a la honestidad de Penélope, apresúrese a telefonear a ésta avisándola de su visita.

Llegó Bernardo a casa de su prima mientras ésta, echada en brazos de su madre, le decía llorosa:

—No, mamá; Bernardo no me amará; no puede amarme.

Bernardo penetró en la habitación y corrigió las palabras de su prima:

—Penélope, ven a mis brazos. Te amo con toda mi alma.

—Y yo a ti, Bernardo.

—Pero has de cesar en tu peligroso flirteo.

—Flirtearé sólo contigo.

—Nos casaremos enseguida.

—Mañana, si quieres.

FIN

Núm. 96-**BIBLIOTECA FILMS**-15 de Diciembre

La deliciosa novela amatoria:

LOS PELIGROS DEL FLIRT

por los célebres artistas **Mary Prevost, Monte Blue y Adolphe Menjou**

Postal: *Natalia Kovanto*

25 cénts.

Lean en **CELEBRIDADES DEL TEATRO**

Núm 1 **Miguel Fleta**

» 2 **Enrique Borrás**

30 cénts.

Lea usted el séptimo libro de

FILMS DE AMOR

«El ideal de los aficionados»

La deliciosa novela,

La esposa comprada

cuyos protagonistas son sus artistas
predilectos,

Alice Terry y Conway Tearle

Postal: *Alberto Capozzi.* **50 cénts.**

Ya está en venta el número 93 de

BIBLIOTECA FILMS

« Título de la supremacia »

La deliciosa novela amorosa de palpitante
y misterioso interés,

El lobo de París

(El arrivista)

Soberbia creación de los eminente artistas,

Jeanne Helbing - Henri Baudin
Pierre Blanchar - Ginette Maddie

Postal: *G. Signoret.* **50 cénts.**

¡¡Pronto, pronto!! El octavo libro de

FILMS DE AMOR

El juramento de Lagardère

(El jorobado)

NAVIDAD -- AÑO NUEVO -- REYES

!!! Oigan ... grandes y chicos ... !!!

Ya está en venta

Festivales Escolares



**Reuniones
Familiares**

*Villancicos
Felicitaciones
Cartas a los
Reyes Magos*

*Monólogos -- Discursos -- Canciones
Poesías -- Comedias -- Piezas para
reparto de premios, etc.*

Sólo cuesta **UNA** peseta

Importantes descuentos a Librerías y Colegios

BIBLIOTECA FILMS

Calabria, 96, despachos núms. 1 y 4 - BARCELONA

Imp. Carroñá. — Villarroel, 13 y 14. — Barcelona